

**HOMBRES Y
OBRAS;
LA VIDA ES SUENO**

Published @ 2017 Trieste Publishing Pty Ltd

ISBN 9780649114726

Hombres y obras; La Vida Es Sueno by Rafael Ginard de la Rosa & Pedro Calderón de la Barca

Except for use in any review, the reproduction or utilisation of this work in whole or in part in any form by any electronic, mechanical or other means, now known or hereafter invented, including xerography, photocopying and recording, or in any information storage or retrieval system, is forbidden without the permission of the publisher, Trieste Publishing Pty Ltd, PO Box 1576 Collingwood, Victoria 3066 Australia.

All rights reserved.

Edited by Trieste Publishing Pty Ltd.
Cover @ 2017

This book is sold subject to the condition that it shall not, by way of trade or otherwise, be lent, re-sold, hired out, or otherwise circulated without the publisher's prior consent in any form or binding or cover other than that in which it is published and without a similar condition including this condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.triestepublishing.com

RAFAEL GINARD DE LA ROSA & PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

**HOMBRES Y
OBRAS;
LA VIDA ES SUEÑO**

A mi esclarecido y entrañable
amigo de juventud Don
Manuel Clemente, maestro en
todo saber

Rafael Gissacari
de la Rusa

HOMBRES Y OBRAS

RAFAEL GINARD DE LA ROSA

HOMBRES Y OBRAS

Comente.

Madrid Fernando Fé

B. G.
MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2

1895

LA VIDA ES SUEÑO

COMEDIA DE DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

ESTUDIO CRÍTICO

I

PRIMERA JORNADA.—LUGAR DE LA ESCENA.—SEGISMUNDO.—ESTUDIO PSICOLÓGICO.

Es la hora del crepúsculo.

Cae luz opaca de los cielos, a trechos cubiertos de fantásticos nubarrones, sobre vasto anfiteatro de montañas.

El sol poniente tiñe de sombría escarlata lejanos horizontes de mar tempestuoso, que se distingue apenas entre dentellados picos de granito y jaspé.

Las constelaciones de la tarde parpadean lúgubrememente en las grietas de montaña desgarrada como por los hachazos de un titán.

El arco de la luna menguante riela luchando con la luz crepuscular.

Todo sombra y misterio en el cielo, toda austeridad y rudeza en la tierra.

Hasta el centelleo de los astros es hosco y siniestro.

En el cielo ni una sonrisa, ni un halago, ni una voluptuosidad de la luz y del azul; en la tierra ni un bosque, ni un árbol, ni un ave.

Dante no habría imaginado nada igual.

Goethe hubiese arremolinado en aquel para-
je sus danzas de brujas del Walpurgis.

Pero ni siquiera son allí posibles los espec-
tros.

Sólo es verosimil la silueta trágica del hombre.

Una especie de creación de piedra, la orgía
del mundo mineral, abruptos peñascos, monta-
ña coronada de nubes, monolitos de pizarra,
verdaderos obeliscos de ciudad de gigantes,
horribles desgarraduras, cauces de torrentes fi-
rriosos, hielos centenarios en el hueco de las
rocas, desmelenadas y secas malezas pendien-
tes sobre el abismo, raíces de vegetación oculta
y que no rompe la petrea costra de los mon-
tes, musgos amarillentos tapizando las conve-
xidades viscosas y deformes del suelo. silencio
profundo en el espacio, sólo turbado por el
graznido del aguilá salvaje, que cruza azorada
sobre aquel amontonamiento de un mundo tortu-
rado por el terremoto, y que parece creado para
morada del hombre de la edad de piedra.

Tal es el lugar de la escena.

Y allí está, en efecto, el hombre, en torre con-
vertida en caverna por las injurias del tiempo.

Arrastra una cadena; aplánase sobre su cabe-
za la bóveda de su sepulcro; un peñasco es su
lecho, una piel su vestidura, luz mortecina en-
cendida en un hueco de la roca, su lámpara.

Allí está Segismundo, el singular Adán de aquel nuevo y espectral Edén. No le arrullan las hojas del espléndido verjel, no le deleitan las flores, ni le aduermen los cuatro ríos bíblicos, ni le saludan las aves, ni le acompaña en la soledad la sombra del Creador, ni la dulce compañera de sus carnes y de sus huesos formada.

Sólo Segismundo, y encadenado, goza de la vida cuanto le permite la longitud de su cadena.

Los bramidos de su voz se escuchan á distancia. Su rostro, de indecible belleza, donde campean ojos leonados, expresa los sufrimientos, las violencias del hombre material, y las aspiraciones, los ensueños, toda la meditación de que es capaz un espíritu perfecto.

Es un gigante y tiene que encorvarse bajo su prisión; es un atleta y tiene que permanecer inactivo entre los eslabones de su cadena; es una *fiera de los hombres*, y tiene que sufrir día y noche el aullido del lobo salvaje, que llega á olfatear á los umbrales de su prisión, y que envidiar el vuelo majestuoso del águila, que se eleva hasta perderse de vista, y al que su fantasía supera en ambiciones y en orgullo.

Y como las bestias solitarias son melancólicas y graves, la soledad ha hecho del *mónstruo humano* un soñador.

Y como sólo la naturaleza le ha ofrecido

espectáculos para la meditación y el ensueño, la naturaleza tan sólo ofrece tema á sus desvaríos, que bien pronto han de parar mientes en los hombres y en la sociedad.

Conoce ya, por vagas enseñanzas de su carcelero, el sistema de los mundos y la existencia de los seres.

En sus delirios, ora envidia á las pintadas aves, al parlero manantial, al manchado bruto, al monstruoso pez; ora su pupila centelleante y airada templá su irritado fulgor en el suave rielar de la estrella ó se enciende aún más con los resplandores del sol.

Hombre primitivo, pasa rápidamente de un afecto á otro.

Unas veces, en la contemplación del mundo exterior, expresa su entusiasmo con frases de sin igual belleza; otras, recordando la cadena que le aprisiona, rompe en imprecaciones furiosas.

Súbitos enternecimientos suavizan su áspera condición: iba quizá á devorar como el tigre, y acaricia como el perro.

Él mismo se define *hombre-fiera*.

Tal es el héroe del poema.